

## DINAMICIDAD DE LA FUNCION BIBLIOTECARIA

La biblioteca fue originariamente, con arreglo al sentido etimológico de su nombre, el recipiente (caja, armario, sala) donde se guardaban los libros. Su finalidad se centraba en un objeto, el libro, y la actividad de la persona encargada de ella, el bibliotecario, en la consecución, custodia y conservación del mismo. Por ello en las bibliotecas antiguas y medievales, especialmente cuando el comercio del libro no existía o era rudimentario, había un taller donde los copistas reproducían los ejemplares que se deterioraban por el uso o por el simple paso del tiempo.

Se daba por sentado que esta custodia tenía por finalidad facilitar la lectura del libro, pero no se consideraba preciso indicarlo expresamente. También se admitía, en el mismo sentido, que el bibliotecario debía vigilar tanto la integridad material del libro como la del texto, y que estaba obligado a hacerlo comprensible.

Recordemos que los primeros bibliotecarios de la Biblioteca de Alejandría (la primera biblioteca pública o civil, en el sentido de que no estaba al servicio exclusivo de su dueño o de un colegio sacerdotal o de una comunidad docente y de que su colección tenía carácter enciclopédico) procuraron reunir el mayor número de ejemplares de la misma obra cuando tenían variantes, y que se hicieron famosos por las ediciones corregidas que prepararon de las obras de los grandes autores griegos.

Oralmente en sus charlas y por escrito en sus obras filológicas explicaron el significado de las palabras oscuras por su antigüedad o rareza (*Glosarios, Léxicos*) y aclararon los hechos a que se referían y cuyo conocimiento era absolutamente necesario para la comprensión del texto (*Comentarios*) cuando se suponía que podían ser ignorados por la mayoría de los lectores.

Hicieron, además, listas de los autores que habían sobresalido en cada uno de los números literarios. Estas listas constituyen lo que recientemente se ha llamado el "canon de Alejandría". A los incluidos en ellas los romanos les denominaron *classici*, "clásicos" o de primera clase, nombre que se ha conservado hasta nuestros días y con el que hoy se designa a los autores de otra época cuya obra continúa vigente.

Otra actividad del bibliotecario al servicio del lector y cuya necesidad surgió cuando el número de libros guardados fue grande, consistió en la

confección de catálogos a fin de que el lector pudiera localizar con rapidez y fácilmente los libros que precisaba. También fue en Alejandría, hace ya veintidós siglos, cuando el poeta Calímaco hizo el primer gran repertorio bibliográfico del mundo, en 120 volúmenes, donde, ordenadas por géneros primero y por autores después, se recogían las obras griegas escritas hasta mediados del siglo III a. C.

La actividad del bibliotecario ha girado fundamentalmente alrededor del libro. Su dedicación exclusiva se ha ceñido al conocimiento de los autores y de las ediciones de sus libros y esta postura ha sido una constante histórica. Durante siglos, el lector, para el cual se recogían, conservaban y ordenaban los libros, quedaba en un segundo plano y sólo en tiempos muy recientes ha empezado a despertarse un cierto interés por él.

La explicación es fácil. Los lectores, que eran, dentro de la población, una minoría, habían recibido una formación uniforme y tenían un bagaje cultural parecido. Los conocimientos no habían alcanzado el crecimiento monstruoso de nuestros días y una persona inteligente, por ejemplo, antes del siglo XIX, estaba familiarizada con todos ellos, hasta el punto de que el contenido de cualquier libro, salvadas las barreras idiomáticas, le resultaba comprensible.

En el siglo XVIII se dispara el gran desarrollo científico cuya carrera continúa en una permanente aceleración. Como consecuencia, cada vez menos personas pretenden dominar una materia completa, conformándose sencillamente con una pequeña parcela de la misma y hoy no hay nadie capaz de comprender el conjunto de los libros científicos. En general, los referentes a una materia concreta sólo son comprendidos por los especialistas en ella.

Otra gran novedad se produjo a lo largo del siglo XIX: el acceso a la enseñanza de un número cada vez mayor de personas. Hoy la enseñanza primaria es obligatoria en casi todos los países y se han realizado campañas intensas para la recuperación de los analfabetos, donde los había. Como consecuencia, el número de posibles lectores, personas con el dominio formal de la técnica de la lectura, es muy grande. En algunos países, la práctica totalidad de los habitantes que han alcanzado la edad escolar; en otros, un porcentaje anualmente creciente.

Ahora bien, la formación, el bagaje intelectual de estos posibles lectores, es muy diferente. La mayoría tienen uno muy pequeño porque sólo han cursado estudios primarios y, a veces, incompletos; un grupo reducido ha cursado estudios medios y tienen un nivel más elevado. Por último, un número pequeñísimo ha terminado los estudios superiores.

Hay un tercer factor, el crecimiento de la producción de libros y publi-

caciones periódicas, que está sometido a una aceleración constante. Este aumento afecta a todas las publicaciones, pero de manera especial a las científicas. Por ejemplo, anualmente se publican en castellano, lengua en la que, por cierto, no abundan las obras científicas, unos 30.000 libros, diez veces la capacidad de lectura de un lector normal, que leyendo, a lo largo de su vida, un libro semanal, al finalizar la misma sólo habrá conseguido leer unos 3.000.

Otro factor a tener en cuenta es lo que se ha dado en llamar la crisis actual del libro como vehículo de transmisión de ideas. Es, en efecto, un objeto voluminoso y su manejo y almacenamiento están planteando difíciles problemas. Por ejemplo, en nuestra Biblioteca Nacional los ingresos de nuevos libros exigen ahora tres kilómetros de estantería al año y obligarán en una fecha inmediata a la construcción de nuevos depósitos en otros lugares, alejados de la biblioteca y probablemente de la propia capital. Es previsible, dado el constante crecimiento de los ingresos, que, antes de veinte años, la colección bibliográfica se haya duplicado, lo que va a suponer unos costes crecientes de almacenamiento y localización y un mayor retraso en la entrega de los libros a los lectores y, por consiguiente, un encarecimiento del servicio o una disminución del nivel del mismo.

Además, un libro se tarda en escribir y en publicar varios años y, por lo tanto, la información que contiene no es la última. Después, su distribución es lenta, como lo es la difusión de la noticia de su existencia. De ahí que el libro que transmite información reciente no puede competir en utilidad con otros instrumentos que difunden la información con mayor rapidez. Por si esto fuera poco, el contenido de los libros, precisamente por su pretensión de proporcionar la información más reciente, envejece con rapidez y los libros se convierten pronto en una carga de escasa o nula utilidad.

Los bibliotecarios, aunque siempre han sentido un profundo y explicable apego por las formas tradicionales del libro, al final, se han inclinado por el cambio cuando éste era beneficioso. En la Antigüedad pasaron de la tableta de arcilla al manejable rollo de papiro y de éste, al final de la misma, al códice de pergamino y luego al de papel, porque esta forma tenía una capacidad de texto cinco veces superior, porque las partes de su contenido se localizaban con más rapidez (era más fácil de consultar) y porque, además, se podía leer estando el lector sentado a una mesa.

Igualmente recibieron con los brazos abiertos, al comienzo de la Edad Moderna, hace quinientos años, al libro impreso, que era notablemente más barato y en el que la lectura resultaba más fácil y grata. Hoy están recibiendo con alborozo los nuevos instrumentos para la fijación, conser-

vacación y transmisión de mensajes, como la fotografía (y, dentro de ella, especialmente las microformas) y la cinematografía, los discos y las cintas sonoras, las cintas de video y esas fabulosas memorias de datos que se llaman computadores, que, a pesar de la enorme cantidad de información que almacenan, son capaces de facilitarla actualizada inmediatamente y a grandes distancias.

La diversidad de formas que ha tenido el libro nos está mostrando que ésta es accidental, que no es más que un soporte del contenido o de la información como ahora se dice. Por ello, cuando los lectores piden un libro, no lo piden, salvo rarísimas excepciones y por motivaciones particulares, por el gusto de contemplar un objeto, sino para conocer su contenido. Además, hay que señalar que el libro no tiene otro sentido que el de su posible lectura, es decir, se escribe para ser leído. En consecuencia, si lo importante es el contenido del libro y no su aspecto exterior, la finalidad principal de la biblioteca no puede ser la mera conservación ordenada de los libros, sino la atención de las necesidades de los lectores. Por ello pensamos que la función del bibliotecario consiste en la localización y reunión de unos mensajes producidos por unas personas a las que llamamos autores para que sean conocidos lo más rápidamente y asimilados lo más perfectamente posible por otros que los necesitan llamados lectores.

La función del bibliotecario de hoy es algo más compleja que la de sus antecesores, pero los bibliotecarios están dando ahora un servicio mucho más rico en profundidad y más amplio, alcanzando a porcentajes mayores de la población. Y todo porque han meditado sobre la esencia de su quehacer y han forjado nuevos planeamientos. Por de pronto han descubierto que la biblioteca es una institución social cuya utilidad corre pareja con su adaptación a las cambiantes situaciones sociales y, concretamente ahora, con su capacidad de adaptación a la nueva situación creada por los factores indicados: la amplitud y profundidad que, al mismo tiempo, han alcanzado los conocimientos científicos, el gigantismo de la producción editorial, la diversa capacidad de comprensión de los cada día más numerosos lectores teóricos y la aparición de nuevos instrumentos más aptos para la más eficiente transmisión de determinadas informaciones.

Después, que hay grupos de personas, a las que es posible localizar y atender, con bagaje intelectual y capacidad de comprensión similares, que, además, se sienten atraídos por unos temas concretos.

Respuesta a estos hechos ha sido la aparición, en tiempos recientes, de distintos tipos de bibliotecas, de acuerdo con las necesidades de grupos homogéneos de lectores. Los tipos son sobradamente conocidos, así como los lectores para los que están preparadas: Escolares, Universitarias, Espe-

cializadas y Nacionales, además de las Públicas, que, por estar al servicio de toda la población y por la falta de especialización de sus fondos, que tienen carácter enciclopédico, están atravesando una grave crisis. Son la enferma del mundo de la comunicación.

No vamos a detenernos en los problemas de la Biblioteca Nacional, la cual, en España, relativamente no anda mal de recursos, gracias a ser la principal conservadora de la cultura, recogida en libros, del país, y que es común a los países que forman el mundo de habla hispana. Sus problemas y soluciones posibles no entran en este rápido análisis.

Ni en el de las Especializadas, entre las cuales están las bibliotecas mejor dotadas de medios, aquí y fuera, cosa explicable por el servicio eficiente que muchas de ellas realizan al ser pocos sus usuarios, muy reducido en extensión, aunque amplio en profundidad, el campo científico de su colección y contar la entidad propietaria con recursos económicos suficientes. Aunque no es éste el caso de todas ellas, pues entre las entidades propietarias las hay de importancia desigual, y no siempre son empresas con beneficios industriales o centros de investigación con beneficios sociales más o menos inmediatos.

Pero es un problema privado de la institución y de sus miembros, como lo va a ser en el futuro, el de las Bibliotecas Universitarias españolas, cuyo deficiente funcionamiento deberán resolver los claustros en fecha inmediata, en cuanto les llegue la autonomía universitaria. En efecto, así ha de ser, pues no es imaginable que las universidades, cuando alcancen la plena responsabilidad del autogobierno, sigan negando a los alumnos el derecho a unos servicios bibliotecarios normales y disponiendo de los libros en beneficio casi exclusivo del profesorado. Tal comportamiento perjudicaría, como ahora sucede, a la calidad de la enseñanza y es de esperar que los catedráticos reconsideren el equilibrio que deben mantener en el doble aspecto de su función y que no den preferencia a la actividad investigadora sobre la docente.

No podemos, sin embargo, decir que el problema de las Bibliotecas Escolares es también un problema privado entre profesores y alumnos. Los institutos y los centros de EGB no tienen autonomía económica ni de personal, y sus colecciones de libros, cuando las tienen, no han sido creadas por la voluntad de los claustros. Se han debido a la de las autoridades del Ministerio de Educación, del cual depende también la conversión en bibliotecas organizadas de estas escasas y raras colecciones.

La existencia de la biblioteca escolar no se justifica sólo con la mejora de la calidad de la enseñanza, lo cual sería, por sí sola, una razón harto suficiente. La verdadera importancia de la biblioteca escolar es que gracias

a ella se puede crear el hábito de la lectura en los niños y jóvenes, convirtiéndoles en lectores reales, lo cual rebasa la utilidad individual de la posible mejor enseñanza recibida, pues incide en la convivencia social y en el enriquecimiento de la cultura común.

La nuestra es una sociedad riquísima en comunicación, una buena parte de la cual se canaliza a través de la palabra escrita. No haberse habituado desde la infancia a buscar y usar de la lectura, gozando de ella, y no ser lector real en nuestros días, es renunciar tontamente a un bien de libre utilización y apartarse de un medio que sirve para reforzar los vínculos cohesivos que facilitan la convivencia mediante la comprensión de las ideas y actitudes ajenas. Por otra parte, la existencia de buenos lectores favorece la aparición de buenos autores. La actividad del autor es inconcebible como monólogo, es un diálogo con sus lectores y la reacción de éstos, el ya clásico *feed back*, es decisiva en el proceso creativo.

Hasta hoy todos los intentos hechos en España para el establecimiento de bibliotecas escolares han fallado. El optimista decreto de 7 de agosto de 1931, creando las bibliotecas escolares, así como el de 29 del mismo mes y año sobre secciones circulantes en las bibliotecas públicas para mejorar el rendimiento de aquéllas, o el anterior (29 de mayo) creando el Patronato de Misiones Pedagógicas, sólo consiguieron iniciar una labor que la contienda civil agostó en sus comienzos. El Servicio de Lectura Escolar (decreto de 8 de julio de 1954), creado dentro del Servicio Nacional de Lectura, ni siquiera llegó a funcionar por carencia de recursos o incomprensión de los responsables de las que entonces se llamaban enseñanzas primaria y media.

De resultados más prácticos, aunque temporales, fue la decisión del Ministerio de Educación de adquirir, mediante concurso, lotes constituidos por algo más de un centenar de libros que se enviaron al final de los años sesenta a varios miles de escuelas. Pero la falta de una organización escolar bibliotecaria y el corte en la compra de los lotes hicieron desaparecer, suponemos que a causa de su continua utilización pues su lectura era muy apetecible, los libros que constituyeron aquellas pequeñas colecciones truncadas antes de llegar a biblioteca.

También tuvo una actuación temporal y muy brillante durante el final de los años cincuenta y principio de los sesenta, la Biblioteca de Iniciación Cultural, que envió anualmente, durante una década, a las escuelas cientos de miles de libros en un servicio de préstamo por correo mediante cajas que contenían quince volúmenes; pero desapareció por cambios políticos y principalmente porque su acción iba perdiendo interés al irse desarrollando la política de compra de lotes de libros antes mencionada.

Es absolutamente preciso, por razones de interés individual y por motivos sociales, que nuestro país se convierta en un país de lectores reales. Para lograrlo, la acción política más conveniente consiste en la dedicación de fuertes cantidades, del orden de los quinientos o mil millones de pesetas anuales para la adquisición de libros y en la creación y puesta en marcha simultánea de verdaderas bibliotecas escolares, a cargo de maestros, cuya formación técnica para estos menesteres no es una tarea preocupante.

Si las bibliotecas escolares son los campos de entrenamiento donde se han de formar los futuros lectores, a las Bibliotecas Públicas les corresponde garantizar a cualquiera, especialmente si no pertenece a ninguno de los grupos para los cuales hay bibliotecas especiales, el ejercicio de su actividad de lector, facilitándoles el libro adecuado a sus necesidades informativas, formativas y recreativas y a su nivel de comprensión.

Mas si la situación de las bibliotecas, en general, en España es inferior a la de otros países con menores recursos económicos y con menor producción editorial, la de las Bibliotecas Públicas es todavía peor. Aún hay más. Si los bibliotecarios españoles nunca hemos considerado satisfactorio el estado de las bibliotecas, los actuales momentos son quizá los más amargos de la historia: estamos a punto de perder la esperanza, motor que nos ha permitido en tiempos pasados cruzar momentos de penuria. Se nos están cerrando todas las puertas y se nos está negando el agua, el pan y la sal, cuando por los cambios políticos y por la creación del nuevo Ministerio de Cultura nos habíamos hecho tantas ilusiones.

Sin embargo, hemos de sobreponernos y esforzarnos en el hallazgo de alguna solución (porque, por muy pesimistas que seamos, haberlas, y en plural, como las meigas, haylas). Si no podemos remediar la escasez de recursos, cuya provisión no depende de nosotros, sí podemos, en cambio, revisar nuestras ideas sobre la teoría y práctica de la función bibliotecaria.

Por de pronto, vamos a abandonar, de una vez, la postura narcisista a la que somos tan proclives y, en vez de alabarnos por nuestra profunda formación cultural y presumir del valor histórico y de la riqueza material de los fondos que conservamos en nuestros centros, a la vista de la falta de medios que padecen las bibliotecas y del raquitismo general de los servicios bibliotecarios, bien merece la pena que dediquemos parte de nuestros afanes a meditar sobre la conveniencia de obtener el mayor rendimiento social de estos medios escasos y que nunca, con casi plena seguridad, serán abundantes.

Nunca serán abundantes porque la demanda de medios de cualquier servicio, y no sólo de los bibliotecarios, es siempre muy superior a los disponibles, y porque normalmente no coincide la aplicación de los conseguidos y sus resultados con los que esperaban los posibles beneficiarios.

La cuestión, entre nosotros, creo debe plantearse ahora de otra manera. Partiendo de la premisa de que no puede haber una actividad racional sin la fijación de unos objetivos cuantificados, éstos no deben establecerse de una manera ideal, tras la lectura de unos documentos o libros extranjeros, sino de acuerdo con nuestra situación y los recursos a nuestro alcance. Los objetivos no son más que pasos para el cumplimiento de una finalidad superior y el caminar debe adecuarse a las posibilidades reales, no a las aspiraciones utópicas. Lo importante es acercarse al cumplimiento de la finalidad con las menores desviaciones, y no conduce a nada pararse en el borde o echarse a la cuneta para lamentar las dificultades del camino. No somos responsables de si la velocidad de acercamiento a la meta es más lenta de lo que desearíamos, pero lo somos, y en una medida muy elevada porque en caso de penuria nada se puede malgastar, de la más correcta aplicación de los medios y de la maximización de los rendimientos.

Veamos algo de lo que se puede hacer en esta situación tan poco halagüeña. Lo que sigue son sencillamente unas ideas que pueden servir de ejemplo de soluciones; son, si se quiere, simulaciones, no tales soluciones. Las soluciones hay que encontrarlas en su momento ante los problemas individuales y tras un análisis de la realidad.

Hay que advertir previamente que no debemos desechar la idea de un servicio de bibliotecas completo, de alcance nacional, al que tengan acceso la totalidad de los españoles y capaz de poner a disposición de cada uno de ellos cualquiera de los productos de la total producción bibliográfica del país y una cierta parte de la del exterior. El procedimiento está inventado y en marcha en otras latitudes. Son los llamados sistemas bibliotecarios, coordinados entre sí en una red superior, que cuentan con una gran biblioteca central y con diversas sucursales dotadas de fondos adecuados a la preparación y necesidades de las personas residentes en las zonas geográficas atendidas.

Pero estamos a muchos años de distancia de alcanzar tanta belleza para nuestro pueblo. Nuestros recursos de personal y locales, por ejemplo, no llegan al diez por ciento de lo que tendríamos que haber alcanzado, hace tiempo, dada la situación económica, la riqueza cultural y la potencia de la industria editorial. Esta puede proporcionar con mucha alegría y pocas dificultades los millones de libros necesarios en un corto periodo de tiempo, mas el personal y los locales, así como una compleja administración, no se improvisan ni a golpes de pesetas.

Incluso, a la vista de la crisis que padece la biblioteca pública, nacida hace más de un siglo dentro de una sociedad muy distinta de la actual, quizá sea providencial la demora en el desarrollo de nuestras bibliotecas,



pues vamos a disponer, a la fuerza, de tiempo para analizar, meditar y programar, teniendo en cuenta tanto la futura demanda como la aparición, en el mundo de la comunicación, de nuevos medios, que restan importancia al libro como portador de información, y que han de influir en la estructura, organización y orientación de las bibliotecas públicas.

Por eso no sería bueno, si fuera posible, traspasar, o simplemente copiar, los sistemas tal y como ahora son en los países con mejor desarrollo bibliotecario, pues a muchos de ellos les pesa la servidumbre de un pasado que se ha vuelto anacrónico. Causa, por ejemplo, verdadera pena contemplar la decadencia de la que fue una de las mejores bibliotecas públicas del mundo, la de Nueva York, solicitando limosna para sobrevivir y obligada a cerrar muchos días laborables, a mantener unos horarios reducidos en los días que abre y a disminuir continuamente las compras de libros y el número de sus funcionarios. Todo ello porque, además de tener, por su enorme dimensión, gastos generales muy elevados y tendencia a rebajar el nivel de servicio, es una institución anacrónica, que no ha sabido cambiar a tiempo sus objetivos y que no se adapta a las nuevas realidades sociales. No ha podido competir, en sus pretensiones universalistas, con las bibliotecas universitarias o especializadas de la ciudad, que, al limitar sus adquisiciones a campos reducidos, han profundizado en ellos y ofrecen a sus usuarios un servicio de alta calidad.

Las soluciones inmediatas y temporales para los problemas que padecemos hay que encontrarlas en proyectos que faciliten la lectura pública sin requerir, al mismo tiempo, grandes espacios para almacenes, puestos de lectura y demás servicios bibliotecarios, culturales y administrativos, ni un gran número de funcionarios.

Por ejemplo, la solución bibliotecaria de Madrid no la orientáramos ahora a base de medio centenar de sucursales de características uniformes, como hubiéramos propugnado hace sólo una década. Hoy es posible obtener mejores resultados con muchos menos gastos de locales y de personal, identificando la clase de demanda actual, que, aunque no se conozca con certeza por falta de estudios, parece tener dos orientaciones principales bien diferentes. Por un lado, un gran número de estudiantes que no disponen de bibliotecas en sus centros de estudio, llámense universidades, institutos o colegios, y que aspiran a un lugar confortable donde estudiar, preferentemente con sus propios libros o utilizando un reducido número de manuales y obras de consulta. Por otro, un número que podría ser muy elevado de personas que prefieren llevarse los libros (recreativos, formativos o informativos) a su casa para leer allí en los momentos libres.

A los estudiantes les debían resolver sus problemas los centros docentes; pero como esto no va a suceder en mucho tiempo, habrá que pensar

en la conveniencia o no de atenderlos. En el caso de que se decidiera obrar en sentido afirmativo bastarían unas amplias salas con pocos empleados y pocos libros, es decir, con muy pocos gastos después de los de primera instalación.

Para los que prefieran el préstamo, bastarían también unas pequeñas salas, sin servicios complementarios ni puestos de lectura, capaces de recibir veinte mil volúmenes en poco más de cien metros cuadrados. Deberían estar abiertas en jornada de tarde hasta última hora, para que los trabajadores pudieran acudir a ellas al terminar su jornada laboral. Siendo sucursales, un par de personas podrían atenderlas sobradamente.

Con este doble programa no se resolvería totalmente el problema de la lectura en Madrid, mas con poco dinero y en poco tiempo se podría satisfacer a numerosas personas.

En otro orden de cosas se podría incrementar notablemente el préstamo individual en todo el país. Es ridículo el número de obras que se prestan en nuestras bibliotecas públicas en su conjunto, y es de lamentar la poca utilidad de la Orden Ministerial de 13 de junio de 1972, que se dictó, precisamente, con la esperanza de incrementarlo. Con él se ahorra espacio y se puede ahorrar personal mediante cualquiera de los procedimientos mecánicos que existen, y realizando el proceso de libros en oficinas comunes a varias bibliotecas o secciones.

Mucho más barato resulta aún el préstamo colectivo, procedimiento que se ha venido usando con intermitencia, insistencia y éxito parcial, aunque no de forma generalizada, a lo largo de los últimos cincuenta años. Ya durante la segunda República circularon con profusión por las escuelas cajones con lotes de libros, que yo, siendo niño, tuve la fortuna de leer. Después, en los años cincuenta, se pusieron de moda las llamadas "bibliotecas viajeras", que dieron ocasión a nuestro querido y admirado compañero, J. A. Pérez Rioja, para escribir varios trabajos. Al final de esa década surgió, tratando de perfeccionar el sistema de las "bibliotecas viajeras", la citada Biblioteca de Iniciación Cultural, y, por último, es preciso resaltar la gran labor que en este sentido vienen realizando las Bibliotecas Populares de Madrid.

El préstamo colectivo tiene un inconveniente o, mejor, una limitación: la poca variedad de títulos ofrecidos a los lectores, y de ahí que sus mejores resultados se consigan con grupos de personas de escasa formación, poco exigentes, que precisan orientación en sus lecturas y que se conforman con obras de interés general. Es una solución de emergencia para atender rápidamente a una demanda detectada de lectura. Nace cuando urge el deseo de facilitar la lectura pública y no puede atenderse con los servicios biblio-

tecarios convencionales a causa de su montaje lento, como en el caso de la instauración de la República o en la época de Sintes Obrador o en la permanente situación provisional de las Bibliotecas Populares de Madrid, contra la que se estrellan las ilusiones y esperanzas de las animosas bibliotecarias.

Quizá la gran solución de estos momentos sea una política de favorecer la creación de bibliotecas públicas entre asociaciones y entidades interesadas en proporcionar lectura gratuita a grupos determinados. Sería algo así como la segunda fase de la actividad del Servicio (hoy Centro) Nacional de Lectura, que podría dedicar sus futuros afanes a la creación de este tipo de bibliotecas, paralelamente a la de las bibliotecas municipales, tarea a la que casi exclusivamente se ha dedicado en el cuarto de siglo que tiene de existencia. Es más, esta nueva orientación de sus actividades, probablemente podría justificar su existencia en tiempos venideros, cuando las bibliotecas municipales pasen a los gobiernos autónomos y desaparezca un centralismo carente de sentido.

En parte, esta política ya se ha iniciado con la firma de un acuerdo entre la Dirección General del Libro y Bibliotecas y las Fuerzas Armadas, a las que se ha entregado un centenar de lotes compuestos por cerca de dos millares de libros, cada uno, habiéndose organizado cursillos para la rápida formación de los oficiales que van a encargarse de las bibliotecas, o con el acuerdo con el Ministerio de Educación para proporcionar otros lotes de libros a treinta centros docentes establecidos en Europa para los hijos de los emigrantes.

Acuerdos como éstos, incluso perfeccionados, con vistas a que no decaiga el funcionamiento posterior de las nuevas bibliotecas, podrían firmarse a un nivel inferior por el Centro Nacional de Lectura o, directamente, por los Centros Coordinadores. Los beneficiarios podían ser los partidos políticos, las organizaciones sindicales, las asociaciones religiosas, deportivas, profesionales y vecinales, los casinos, las casas regionales, etc. y lugares de reclusión, como cárceles y hospitales.

Al principio nos hemos alargado en un recorrido histórico para mostrar lo que llamamos dinamicidad de la función bibliotecaria, porque no siempre se ha orientado en la misma dirección, y hemos concluido que la conservación y ordenación de los libros no es finalidad, sino medio; la finalidad es que los libros sean leídos. Nuestra misión fundamental no es tener bibliotecas, sino que los españoles lean muchos y buenos libros, aunque reconocemos que, de momento, la forma más eficiente y barata de lograrlo es el establecimiento de buenas redes de bibliotecas.

Si hay cada vez más personas que prefieren comprar los libros y bastantes que pueden conseguirlos con facilidad en las bibliotecas familiares o

de sus amigos, bendito sea Dios. Pero, no olvidemos que hay otros poco afortunados, que ni son ricos ni tienen amigos con biblioteca, o que, simplemente, no saben orientarse en la selva de la producción bibliográfica y encuentran el acceso al libro lleno de barreras. Estos, por las deficiencias sociales que padecen, como los que las tienen físicas o mentales, merecen toda nuestra atención y ésta es tan urgente y tan necesaria que cometeríamos un grave pecado si antepusiéramos la construcción de grandes bibliotecas a proporcionarles inmediatamente la lectura que precisan.

HIPOLITO ESCOLAR SOBRINO